

# JENNIFER CHIAVERINI

El círculo clandestino que combatió a Hitler  
desde el corazón del Berlín nazi.

## LAS MUJERES DE LA ORQUESTA ROJA

«Una historia fascinante y compleja sobre el coraje  
de la gente normal». —*Kirkus*

HarperCollins  
*Narrativa histórica*



# LAS MUJERES DE LA ORQUESTA ROJA

El círculo clandestino que combatió a Hitler  
desde el corazón del Berlín nazi.

JENNIFER CHIAVERINI



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

Las mujeres de la Orquesta Roja  
Título original: Resistance Women

© 2019, Jennifer Chiaverini

© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© De la traducción del inglés, Celia Montolío

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Elsie Lyons

Imágenes de cubierta: Trevillion Images, Alamy Stock Photo y Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-587-4

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

Prólogo. Noviembre de 1942

## Primera parte

Capítulo uno. Junio-octubre de 1929

Capítulo dos. Octubre de 1929-julio de 1930

Capítulo tres. Octubre de 1930

Capítulo cuatro. Octubre de 1930-agosto de 1931

Capítulo cinco. Septiembre de 1931-enero de 1932

Capítulo seis. Enero-junio de 1932

Capítulo siete. Julio de 1932

Capítulo ocho. Abril-noviembre de 1932

Capítulo nueve. Diciembre 1932-febrero 1933

Capítulo diez. Febrero-marzo de 1933

Capítulo once. Marzo de 1933

## Segunda parte

Capítulo doce. Marzo-abril de 1933

Capítulo trece. Marzo-abril de 1933

Capítulo catorce. Abril-mayo de 1933

Capítulo quince. Mayo de 1933

Capítulo dieciséis. Junio de 1933

Capítulo diecisiete. Julio de 1933

Capítulo dieciocho. Julio de 1933

Capítulo diecinueve. Agosto de 1933

Capítulo veinte. Septiembre-octubre de 1933

Capítulo veintiuno. Octubre-diciembre de 1933

Capítulo veintidós. Enero-junio de 1934

Capítulo veintitrés. Junio-julio de 1944

Capítulo veinticuatro. Julio de 1934

## Tercera parte

Capítulo veinticinco. Agosto de 1934

Capítulo veintiséis. Agosto de 1934

Capítulo veintisiete. Agosto-diciembre de 1934

[Capítulo veintiocho. Enero de 1935](#)  
[Capítulo veintinueve. Enero-febrero de 1935](#)  
[Capítulo treinta. Abril-mayo de 1935](#)  
[Capítulo treinta y uno. Junio-julio de 1935](#)  
[Capítulo treinta y dos. Agosto de 1935](#)  
[Capítulo treinta y tres. Junio-septiembre de 1935](#)  
[Capítulo treinta y cuatro. Marzo-mayo de 1936](#)  
[Capítulo treinta y cinco. Junio-agosto de 1936](#)  
[Capítulo treinta y seis. Agosto-diciembre de 1936](#)  
[Capítulo treinta y siete. Diciembre de 1936-enero de 1937](#)  
[Capítulo treinta y ocho. Marzo-agosto de 1937 Greta](#)  
[Capítulo treinta y nueve. Octubre-diciembre de 1937](#)  
[Capítulo cuarenta. Enero-junio de 1938](#)  
[Capítulo cuarenta y uno. Marzo-septiembre de 1938](#)  
[Capítulo cuarenta y dos. Octubre-noviembre de 1938](#)  
[Capítulo cuarenta y tres. Noviembre de 1938-abril de 1939](#)  
[Capítulo cuarenta y cuatro. Mayo-agosto de 1939](#)  
[Capítulo cuarenta y cinco. Agosto-septiembre de 1939](#)  
[Capítulo cuarenta y seis. Septiembre-octubre de 1939](#)  
[Capítulo cuarenta y siete. Noviembre de 1939-marzo de 1940](#)  
[Capítulo cuarenta y ocho. Marzo-junio de 1940](#)  
[Capítulo cuarenta y nueve. Julio-septiembre de 1940](#)  
[Capítulo cincuenta. Octubre de 1940-enero de 1941](#)  
[Capítulo cincuenta y uno. Febrero-junio de 1941](#)  
[Capítulo cincuenta y dos. Junio-julio de 1941](#)  
[Capítulo cincuenta y tres. Julio-noviembre de 1941](#)  
[Capítulo cincuenta y cuatro. Octubre-diciembre de 1941](#)  
[Capítulo cincuenta y cinco. Diciembre de 1941-mayo de 1942](#)  
[Capítulo cincuenta y seis. Mayo-julio de 1942](#)  
[Capítulo cincuenta y siete. Agosto-septiembre de 1942](#)  
[Cuarta parte](#)

[Capítulo cincuenta y ocho. Septiembre-noviembre de 1942](#)

[Capítulo cincuenta y nueve. Diciembre de 1942-enero de 1943](#)

[Capítulo sesenta. Enero-febrero de 1943](#)

[Capítulo sesenta y uno 15-16 de febrero de 1943](#)

[Capítulo sesenta y dos 1943-1946](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

*A las resistentes de ayer y de hoy*



## **Prólogo**

### **Noviembre de 1942**

#### **Mildred**

Las pesadas puertas de hierro se abren y por unos instantes Mildred se queda inmóvil, parpadeando bajo la luz del sol. Una súbita ráfaga de aire fresco le acaricia la cara y le agita el cabello, dejándola sin aliento. El guardia la empuja para que pase al patio de la prisión, agarrándola del brazo con firmeza, haciéndole daño. Hay otras mujeres, todas ellas vestidas con idéntica indumentaria parduzca e informe, paseando despacio en parejas por el perímetro del cuadrado de grava. Las celdas de la prisión interna del cuartel general de la Gestapo de Prinz-Albrecht-Strasse están tan abarrotadas que apenas pueden moverse, y las presas aprovechan estos momentos para estirar los brazos y mirar al cielo, como bailarinas, como hojas de otoño secas esparcidas por una racha de viento.

¿Cuántas de ellas no habrían de volver a conocer más libertad que aquella?

—Nada de hablar —le recuerda el guardia, dándole un último empujón. Mildred tropieza, recupera el equilibrio y, como tiene prohibido pasear con las demás, echa a andar por la diagonal que une dos esquinas de los altos muros circundantes. Lo lleva haciendo cada día, durante diez

preciados minutos, desde que la arrestaron hace dos meses, y, sin darse cuenta, sus miembros agarrotados y doloridos se adaptan a la rutina.

De manera deliberada, yergue la cabeza y da zancadas largas y regulares en un falso alarde de fortaleza que le cuesta un gran esfuerzo. Ha perdido peso, y por los mechones que se encuentra cada mañana en el camastro sabe que el exuberante cabello rubio de antaño es ahora quebradizo y blanco. Sufre continuos ataques de tos. Esa misma mañana, al apartar la mano de la boca y de la nariz, se ha visto gotitas de sangre en la palma. No hay medicina de sobra para la gente como ella, para los traidores al Tercer Reich, aunque ¿es correcto llamarla «traidora», teniendo en cuenta que es estadounidense?

Ni a sus carceleros ni a la ley, según la cual es estadounidense de nacimiento y tiene doble nacionalidad en virtud de su matrimonio, les importa. Para Adolf Hitler sí que tiene importancia, y mucha, que sea estadounidense, o eso le han dicho a ella. Y sin embargo Alemania es su hogar adoptivo, el lugar de nacimiento de su adorado esposo. Precisamente porque no soportaba separarse de él, se había quedado en Berlín incluso después de que el Gobierno de Estados Unidos advirtiese a sus ciudadanos que salieran del país.

Arvid. Se le parte el corazón al imaginárselo languideciendo en una celda abarrotada, fría y tenebrosa como la suya, en algún lugar no muy lejano, pero, en cualquier caso, inaccesible para ella. Los dos están pendientes de juicio. Quizá se vuelvan a encontrar en la sala de justicia, ellos y todos sus valientes y desafortunados amigos de la célula de resistencia que los nazis llaman *Rote Kapelle*, Orquesta Roja, por la «música» que emitieron a los enemigos del Reich. Se le hace raro que la Gestapo los considere un enemigo tan formidable como para merecer un nombre tan siniestro, como sacado de una novela de espías..., y eso que en la difusa red de escritores,

profesores, economistas, burócratas, oficinistas y obreros no cuentan con un solo espía profesional.

Son personas corrientes, de todas las profesiones y condiciones sociales. Su querida amiga Greta Kuckhoff se crió en la pobreza, trabajó para pagarse los estudios y está decidida a darle a su hijo una vida mejor. Sara Weitz tuvo una vida rica y privilegiada hasta que los nazis tacharon a los judíos de indeseables y los despojaron de todos los derechos civiles y humanos. A Mildred se le parte el alma cuando piensa en Sara y en los demás estudiantes de su círculo: valientes, resueltos, idealistas, con toda la vida por delante, arriesgando más de lo que alcanzan a entender. ¿Dónde estarán ahora? Dispersos, algunos de ellos encarcelados en otros lugares, otros escondidos, otros huidos a tierras lejanas. Ah, si pudiera pedir ayuda a Martha Dodd una última vez..., pero Martha volvió a Estados Unidos después de que a su padre lo destituyesen de su cargo de embajador. Aun en el caso de que Mildred se las apañara para comunicarse con su amiga, tan impulsiva, tan abierta, ¿qué iba a poder hacer Martha?

De repente se pone a toser y se dobla, sujetándose los hombros para sobreponerse a las roncas convulsiones. Cuando puede, se endereza, aspira con fuerza, no hace caso al estertor premonitorio de sus pulmones y reanuda sus pasos en diagonal por el patio...

Y es tal su asombro que casi se frena en seco. Una presa que camina por el borde del patio la mira a los ojos con desolada compasión, tan evidente que a Mildred no le pasa desapercibida. La mujer está demasiado pálida y flaca para ser una recién llegada; seguro que conoce las funestas consecuencias a las que habrá de enfrentarse si los guardias la descubren mirando a Mildred con tanto interés después de que la hayan apartado del resto a modo de advertencia. Debe de saberlo, porque enseguida aparta la vista. A Mildred se le cae el alma a los pies, pero se

recupera cuando la mujer la mira de nuevo de refilón esbozando una sonrisa de aliento, apenas perceptible.

Mildred siente fluir por su cuerpo un caudal de fuerzas renovadas. No es más que una mirada, pero a su alma desfallecida le sirve de alimento. Con el corazón palpitante, calcula a qué paso ha de recorrer la diagonal para cruzarse con la mujer en su lento paseo por el patio. Acelera el ritmo, no lo suficiente como para llamar la atención de los guardias, pero sí como para acabar cruzándose con ella en la esquina del fondo. En todo este rato no dejan de intercambiarse miradas furtivas, mensajes que dicen mudamente que no están solas, que siempre hay esperanza, que, cuando menos te lo esperas, un rayo de luz puede traspasar incluso el cielo más oscuro.

Y entonces se cruzan, aunque ni siquiera pueden detenerse lo suficiente como para tocarse las puntas de los dedos.

—Cuídate —susurra Mildred mientras se acercan arrastrando los pies y de nuevo empiezan a alejarse—. Estoy en la celda 25. No te olvides de mí cuando salgas. Me llamo Mildred Harnack.

Soy Mildred Harnack, se repite para sus adentros mientras se vuelve para cruzar de nuevo el patio. Mildred Fish Harnack. Esposa, hermana, tía. Escritora, erudita, profesora. Combatiente de la resistencia. Espía.

No te olvides de mí.

# **Primera parte**



# Capítulo uno

## Junio-octubre de 1929

### Mildred

El viento cortante que soplaba sobre las aguas en las que el mar del Norte se juntaba con el río Weser azotaba mechones de la trenza de Mildred y hacía que se le llenasen los ojos de lágrimas, pero por nada del mundo se habría apartado de la barandilla de la cubierta superior del buque de vapor *Berlin* mientras se acercaba a Bremerhaven. Diez días atrás, diez largos días después de nueve meses solitarios separada de su esposo del alma, el barco había zarpado de Manhattan con rumbo a Alemania, pero las últimas horas habían transcurrido con una lentitud insoportable. A medida que el barco iba entrando en el puerto, escudriñó a la multitud que estaba reunida en el muelle en busca del hombre al que amaba, sabiendo que estaba allí entre el gentío, esperándola para darle la bienvenida a su patria.

La sirena del barco bramó en lo alto, dos toques largos; los marineros y los estibadores lanzaron cuerdas y las anudaron con destreza. Los pasajeros se removieron impacientes, a la espera de que preparasen las rampas para el desembarco. Justo al borde del muelle, una banda de viento tocaba una alegre tonada de bienvenida; había

hombres ataviados con los tradicionales pantalones de cuero, chalecos bordados y gorras con plumas, y mujeres con faldas acampanadas de color rosa y verde, blusas blancas y diademas de lazos y flores en el cabello.

Al oír su nombre transportado por el viento entre la música, Mildred recorrió la multitud con la mirada, agarrándose bien a la barandilla... y entonces le vio, vio a su querido Arvid, el cabello pulcramente peinado hacia atrás desde el nacimiento de la ancha frente, los bondadosos e inteligentes ojos azules por detrás de la montura de alambre de las gafas. La saludó ondeando lentamente el sombrero por encima de la cabeza, repitiendo su nombre, radiante de felicidad.

—¡Arvid! —gritó ella, y él respondió agitando nuevamente el sombrero, y a los pocos instantes Mildred había desembarcado y corría a sus brazos abriéndose paso entre el gentío. Hecha un mar de lágrimas, le besó sin hacer caso de las miradas de reojo de los pasajeros y los familiares más reservados que había alrededor.

—Mi cielo... —murmuró Arvid, acariciándole la oreja con los labios—. ¡Qué maravilla volver a abrazarte! Eres todavía más guapa de lo que recordaba.

Mildred sonrió y le estrechó entre sus brazos, presa de una dicha tan grande que le impedía articular palabra. Si la ausencia la había vuelto más guapa a ojos de Arvid, él, a los suyos, era todavía más apuesto.

Desde el día que se conocieron, tres años antes, su amor por él había ido creciendo sin límites. En marzo de 1926, a poco de llegar a la Universidad de Wisconsin con una prestigiosa beca Rockefeller, Arvid había entrado en su aula de Bascom Hall con intención de oír una conferencia del famoso economista John R. Commons y, para su sorpresa, se había encontrado a una mujer moderando un debate sobre Walt Whitman. Fascinado, se había sentado en la última fila, y después se había quedado para disculparse por la interrupción, explicando con un inglés

encantadoramente imperfecto que había querido ir a Sterling Hall y que al parecer se había perdido. Embelesada, Mildred se había ofrecido a acompañarle al edificio correcto. Por el camino fueron charlando y al despedirse quedaron en verse otra vez para estudiar juntos. Ella ayudaría a Arvid a dominar el inglés y él la ayudaría a mejorar su alemán, que había descuidado desde que de niña aprendiera los rudimentos en Milwaukee, la más alemana de las ciudades americanas.

Arvid se presentó a la sesión de estudio con un precioso ramo de fragantes gardenias blancas. La clase, en una cafetería de la esquina de las calles State y Lake, se convirtió en un largo paseo por el sendero arbolado de la orilla del lago Mendota. Mientras conversaban en una mezcla de inglés y alemán, Mildred se enteró de que Arvid se había doctorado en Derecho en 1924 y estaba haciendo un segundo doctorado en Económicas. Había venido a Estados Unidos a estudiar el movimiento obrero estadounidense, y, al igual que ella, estaba muy preocupado por los derechos de los trabajadores, las mujeres, los niños y los pobres. A ambos les apasionaba la educación y aspiraban a ser profesores de universidad, aunque Mildred también ansiaba escribir novelas y poesía, aparte de ensayos académicos y artículos.

A esta cita siguieron otras, y Mildred no tardó en darse cuenta de que se había enamorado de él hasta los tuétanos. Y, a su vez, descubrió que aquel hombre, superior a todos cuantos había conocido, la amaba, la admiraba y la respetaba.

El sábado 7 de agosto de 1926, dos días después de que Mildred aprobase los exámenes del máster, Arvid y ella se casaron en una ceremonia al aire libre en la granja de su hermano Bob, setenta hectáreas de tierra a unos treinta kilómetros al sur de la universidad. Durante dos años la pareja trabajó, estudió y disfrutó de la dicha de los recién casados en Madison, pero cuando la beca Rockefeller de

Arvid llegó a su fin en la primavera de 1928, comprendieron que no podían permitirse que ella le acompañase de vuelta a Alemania.

—Venga, hagamos otra vez las cuentas —había dicho Mildred, estudiando las pulcras columnas de notas y cálculos escritas con la esmerada caligrafía de Arvid en un cuaderno amarillo, cálculos de los ingresos de su marido y presupuestos de los gastos de ambos ajustados a la desmesurada inflación de Alemania. Cuando Arvid le pasó el lápiz con una sonrisita irónica, Mildred se rio y añadió—: Aunque supongo que un doctorando de Económicas será capaz de calcular un simple presupuesto familiar.

Arvid se quitó las gafas y se frotó los cansados ojos.

—A mí también me angustian los datos, *lieblich*, pero es lo que hay. No puedo mantenerte, solo soy un doctorando, y dado el estado de la economía alemana, no podemos dar por hecho que vayas a encontrar trabajo allí.

Mildred alargó el brazo por encima de la mesa y le cogió la mano.

—Pues entonces buscaré trabajo en la universidad aquí, en Estados Unidos, y miraremos cada céntimo hasta que podamos permitirnos estar juntos.

Mientras tanto, tendrían que vivir separados.

Cuando Arvid volvió a Alemania a seguir con sus estudios en la Universidad de Jena, Mildred se mudó a Baltimore para dar clases en Goucher College. Los largos meses de soledad y añoranza habían transcurrido despacio, pero en primavera Mildred había obtenido una beca de estudios para hacer el posgrado en cualquier universidad alemana de su elección. Sumando su estipendio al dinero que habían ahorrado, por fin podían permitirse que se fuese a vivir a Jena con Arvid.

Ahora, con el trayecto desde ultramar a sus espaldas, por fin volvían a estar juntos... y, si de ella dependiera, jamás volverían a separarse.

Cogieron su equipaje y subieron al tren que salía del puerto con destino a Bremen, donde Arvid sugirió que salieran a ver la ciudad para que estirase las piernas. Aunque Mildred tenía los ojos clavados en el añorado rostro con el que llevaba meses soñando, a menudo se le iba la vista a la preciosa ciudad. Admiró los altos edificios, terminados en punta y con entramado de madera, que flanqueaban las aceras empedradas, las plazas radiantes y cuidadísimas y las ventanas rebosantes de geranios alpinos colorados, peonías blancas y hiedra verde. Había bicicletas por doquier y se oía la incesante melodía de sus timbres, pero de vez en cuando también pasaba algún automóvil calmoso y hasta algún que otro coche de caballos.

—¡Qué pintoresco es todo! —exclamó Mildred, apoyando por un segundo la cabeza en el hombro de Arvid mientras paseaban cogidos del brazo—. ¡Y mira que se empeñó Greta en que rebajara mis expectativas!

Arvid enarcó las cejas.

—¿Greta Lorke denigró su propia patria?

—No exactamente —dijo Mildred. Le hacía gracia la tendencia de Arvid a asumir instintivamente lo peor de su antigua rival académica. Por supuesto, la lealtad de Mildred era para Arvid, pero le había tomado mucho cariño a Greta después de que se conocieran en el Friday Neters, el famoso grupo de estudiantes de posgrado y profesores que estudiaban las políticas económicas, laborales y de bienestar social y ayudaban a los legisladores del estado de Wisconsin a redactar anteproyectos de ley de talante progresista. Mientras que Mildred era alta, esbelta y rubia, Greta era menudita y tenía curvas, ojos oscuros y cabello moreno, que llevaba peinado en una melenita ondulada. Tenía los pómulos marcados y una boca carnosa diseñada para esbozar sonrisas cálidas y atractivas, pero había en su actitud cierta cautela que sugería que estaba acostumbrada a los conflictos.



—Greta me dijo una vez que se temía que mi idea de Alemania venía de vuestra poesía, vuestras novelas y vuestros cuentos de hadas —le explicó Mildred—. Me advirtió que tengo una perspectiva romántica e idealizada, y me aconsejó que leyera la prensa alemana para enterarme, por mi bien, de cómo es la verdadera Alemania.

—Todo un presentimiento.

—Pero fue un buen consejo. ¿Por qué no iba a aprender todo lo que pueda sobre tu hogar?

Mildred sabía que Alemania no era perfecta, que, como Estados Unidos, se enfrentaba a muchos problemas económicos, políticos y sociales, pero ahora, mientras recorría Bremen con Arvid, sintió un gran alivio. Greta, su querida, inteligente, seria y escéptica Greta, le había pintado un panorama demasiado inquietante de su país.

Mildred y Arvid se fueron de Bremen justo cuando las campanas de la catedral de San Pedro daban las doce del mediodía. El sol brillaba luminoso en lo alto de un perfecto cielo azul cuando partieron en el rutilante Mercedes descapotable que Arvid le había pedido prestado a un primo suyo. Bosques y tierras de labranza, cerros ondulantes y coquetas aldeas... durante varias horas, el precioso paisaje conquistó la atención de Mildred, pero después de que parasen a comer en Hanóver y siguieran con rumbo sudeste a través de la Baja Sajonia, empezó a sentir que la invadían los nervios cada vez con más frecuencia. Aunque Arvid jamás alardeaba, Mildred sabía que su distinguida familia gozaba de respeto y admiración en toda Alemania, en especial en círculos académicos, políticos y religiosos. Eran, como decía Greta, la realeza intelectual. Los orígenes de Mildred eran mucho más humildes. Su padre, un apuesto, infiel e irresponsable diletante, amigo de dejarse el sueldo en el hipódromo, había sido incapaz por naturaleza de conservar ningún empleo demasiado tiempo. La madre de Mildred, una seguidora de la iglesia de la ciencia cristiana inteligente y

capaz, había mantenido a la familia trabajando de empleada doméstica y alquilando habitaciones, pero, a pesar de todos sus desvelos, la familia se mudaba cada año poco antes de que los caseros reclamasen los alquileres atrasados.

Mildred se preguntó cuánto le habría contado Arvid a su familia de todo esto. Aunque en sus cartas siempre se habían mostrado cariñosos y corteses con ella, Greta le había avisado de que los Harnack y su extenso clan de Bonhoeffers y Dohnányis tal vez la recibieran con frío desdén.

Empezaba a caer la tarde cuando el Mercedes prestado cruzó las montañas Harz para descender a las colinas de Turingia oriental. Al llegar a Jena, Arvid señaló la universidad, la plaza de la ciudad y otros lugares importantes por los que pasaron de camino a su hogar de la infancia. Al cabo de un rato, se detuvo delante de un edificio alto de entramado de madera, blanco, con postigos negros y con balcones en los dos primeros pisos que conectaban las dos alas perpendiculares. La madre de Arvid se había mudado con sus hijos a esta casa cuando Arvid tenía catorce años, después del suicidio de su padre. Mildred respiró hondo para calmarse mientras Arvid aparcaba y apagaba el motor.

—Les vas a encantar —dijo a la vez que le cogía la mano y se la llevaba a los labios. Mildred consiguió esbozar una sonrisa.

Mientras Arvid la acompañaba por el sendero empedrado hasta la puerta principal, el corazón empezó a latirle con fuerza al ver que varios hombres y mujeres y dos niños vivarachos salían corriendo a darles la bienvenida. Los nervios se le fueron pasando a medida que la abrazaban, sonriendo y saludándola cariñosamente en alemán y en inglés. Mientras Arvid hacía orgullosamente las presentaciones, Mildred tuvo una curiosa sensación de reconocimiento al enterarse de que el apuesto joven que

tenía la misma sonrisa cálida de Arvid era su hermano de diecisiete años, Falk. Las dos hermosas mujeres de familiares ojos azules y melena rubia a lo *garçon* eran sus hermanas Inge y Angela, y los dos alegres niños eran los hijos de Inge, Wulf y Claus. También conoció a varios primos, incluido uno al que Arvid había mencionado a menudo cuando rememoraba su hogar: Dietrich Bonhoeffer, un pastor luterano de mejillas rollizas y mentón firme.

A continuación, Arvid hizo pasar a Mildred a conocer a su madre.

—Mi querida niña —dijo afectuosamente *mutti* Clara en un inglés impecable, estrechándole las manos y besándola en ambas mejillas. Tenía las facciones muy marcadas y una mirada viva e inteligente, y llevaba el canoso cabello castaño claro recogido en un esponjoso moño—. Eres todavía más hermosa de lo que dijo Arvid. Bienvenida a Alemania. Bienvenida a casa.

Llamó a la familia a la mesa, donde Dietrich bendijo los alimentos. La cena —salchichas con salsa de vinagre y alcaparras, bolitas de patata y repollo relleno, y de postre tarta de semillas de amapola— les supo a gloria después del largo día de viaje. Entre cálidas sonrisas y risotadas, bromeaban y se elogiaban unos a otros, bromeando en griego y en latín, citando a Goethe y preguntando a Falk y a los dos niños sobre cuestiones relacionadas con sus estudios. A Mildred le maravillaba que fuera todo tan gozoso, y tan distinto de las cenas familiares de su infancia, marcadas por la tensión entre sus padres, por los problemas de dinero y por las frecuentes ausencias del padre.

Al final de lo que fue una velada perfecta, Arvid la llevó a casa... Después de tanto tiempo, por fin un hogar para los dos, un apartamento de alquiler en un edificio de la calle Landgrafentstieg, pequeño pero ingeniosamente organizado para sacar el máximo partido al limitado espacio. Las

ventanas de la fachada tenían unas vistas maravillosas de las montañas, y había sitio de sobra para las estanterías que iban a alojar los libros que esperaban ir adquiriendo en los años venideros. Después de pasar unos días en Jena, Mildred y Arvid emprendieron una segunda luna de miel a la Selva Negra, donde la soledad de su larga separación no tardó en disiparse para convertirse en un recuerdo lejano.

En otoño, Mildred empezó sus estudios de doctorado en la Universidad de Jena. Su vida volvía a estar agradablemente llena; los días estaban dedicados al estudio y las noches a su amado Arvid. Echaba de menos a su familia de Estados Unidos, pero los Harnack la hacían sentirse tan acogida que no podía quejarse de nostalgia.

Y de repente, a finales de octubre, un día precioso y despejado teñido de los vivos colores del otoño, Arvid salió a buscarla al jardín, donde estaba estudiando a la luz del sol de la tarde.

—Lo siento, *liebling* —dijo en tono grave, dándole un periódico—. Malas noticias de Estados Unidos.

Echó un vistazo a los titulares y el corazón le dio un vuelco. La bolsa se había derrumbado después de haber perdido en dos días más de tres mil millones de dólares.

Se armó de valor.

—¿Arvid?

Con su formación académica y su experiencia, seguro que sabía tanto como los de Wall Street de lo que significaba esto para su país.

Arvid la miró a los ojos y movió la cabeza. Mildred comprendió que lo peor aún estaba por llegar.

## **Capítulo dos**

**Octubre de 1929-julio de 1930**

**Greta**

En su última carta desde Wisconsin, Greta había dicho a su familia que no fuese a recibirla al puerto de Hamburgo, pero cuando desembarcó y dio sus primeros pasos tambaleantes por el muelle, sintió una punzada de profunda soledad y deseó que hubieran hecho caso omiso de sus instrucciones. A su alrededor, las parejas se abrazaban y las familias saludaban a sus seres queridos después de las largas ausencias, mientras que ella caminaba sola con una maleta en cada mano.

Desde la oficina de la estación, envió un telegrama a sus padres para hacerles saber cuándo llegaba y se apresuró a coger el tren a Fráncfort del Óder. Mientras el tren hacía el trayecto de casi cuatrocientos kilómetros en dirección sudeste, vio pasar el paisaje a toda velocidad por la ventana del vagón de segunda. Curiosamente conmovida, se asombraba de lo poco que había cambiado su patria en los dos años que llevaba estudiando en el extranjero, a pesar de lo mucho que había cambiado ella.

Horas después, el tren dio unas sacudidas y se detuvo en una estación cerca de la frontera polaca. Al oír que el revisor anunciaba «Fráncfort del Óder», la expectación le



hizo estremecerse. Cogió sus pertenencias y nada más bajar al andén fue recibida con un fuerte abrazo que la levantó del suelo. Sorprendida, soltó las maletas.

—¡Hans! —exclamó. Besó a su hermano en la mejilla, sin aliento por la emoción. ¡Qué buen aspecto tenía, tan alto, tan fuerte, los azules ojos brillantes y alegres, el cabello más oscuro y rizado de lo que recordaba!

—Bienvenida a casa, hermanita —dijo agarrando las asas de las maletas y dirigiéndose a la salida del andén—. Te has quedado flacucha. ¿Qué pasa, que en Wisconsin no había comida alemana como Dios manda? *Mutti* se va a empeñar en cebarte.

Solo de pensarlo, a Greta le sonaron las tripas.

—Que se empeñe todo lo que quiera, yo encantada.

—Está planeando una cena para mañana por la noche —dijo Hans abriéndose paso entre el gentío para salir a la calle—. Solo la familia y algunos vecinos, y todos tus platos favoritos.

—Espero que no se meta en muchos gastos.

—Ya conoces a *mutti*. Regateará con el carnicero y le zurcirá la ropa al panadero a cambio de pan, y papá presumirá de su astucia hasta que se ponga colorada.

Greta se rio, los ojos rebosantes de lágrimas de felicidad. Había echado de menos las bromas de su hermano sobre las entrañables rarezas de sus seres queridos, que incluían la frugalidad de su madre. *Mutti* tenía el don de preparar comidas nutritivas y deliciosas con ingredientes escasos, habilidad esta que la familia ensalzaba como virtud moral pasando discretamente por alto el hecho de que era fruto de la necesidad.

Durante los espantosos y turbulentos años de la Gran Guerra, los padres de Greta habían mantenido a raya la pobreza gracias al esfuerzo y a pura fuerza de voluntad. El padre era herrero en una fábrica de instrumentos musicales, y entre los recuerdos infantiles más vívidos de Greta estaba el de verle desplegar láminas

resplandecientes de latón, poner encima los moldes y recortar meticulosamente intrincadas piezas con las que construía cornetas, fiscornos y tubas. Su madre trabajaba a destajo de costurera, sobre todo haciendo ropa y mantas para unos lujosos almacenes de Berlín.

En cuanto pudo, Greta empezó a ganarse el sustento limpiando zapatos, pero sus padres habían insistido en que, salvo la iglesia, lo primero eran los estudios. Se habían apretado el cinturón y se habían sacrificado para costear los gastos de la *oberschule*, y años después, cuando Greta fue aceptada por la Universidad de Berlín, casi habían reventado de orgullo. Empeñada en pagarse sus gastos, había encontrado trabajo en un orfanato de Neukölln, un peligroso barrio industrial habitado sobre todo por comunistas, obreros e indigentes. La época del orfanato le había enseñado que, aunque su familia había pasado apuros, había gente que había sufrido privaciones mucho mayores. Aprendió a agradecer lo que tenía y a compadecer a la gran multitud de personas que tenían mucho menos. Empezó a sentir indignación por el sufrimiento de los inocentes y se hizo el firme propósito de mejorar su suerte, como pudiera y siempre que pudiera.

Desde el primer momento, sus padres la habían animado y se habían enorgullecido de sus éxitos. ¿Qué iban a pensar ahora que había vuelto de su gloriosa aventura estadounidense con recuerdos maravillosos, pero sin un doctorado que recompensase la dedicación de su hija y sus propios sacrificios?

Las aprensiones de Greta se dispararon al ver el hogar de su infancia: tres pisos estrechos de piedra y yeso, modestos pero muy bien cuidados, de una solidez y una resistencia reconfortantes en comparación con Madison, donde hasta los edificios más antiguos parecían sorprendentemente nuevos. Pero cuando cruzó el umbral que tan bien conocía, sus padres la recibieron con cálidos abrazos y lágrimas de felicidad. Greta contuvo los sollozos mientras los abrazaba,

midiendo sus fuerzas al ver las nuevas arrugas, el cabello más encanecido, la espalda ligeramente encorvada de su padre y, con todo, el mismo brillo de amor y orgullo en sus ojos.

Durante la cena del día siguiente, todos, familia y amigos, proclamaban con alegría que estaban seguros de que había representado a Fráncfort del Óder con honores. Se mostraron tan amables y orgullosos que por un instante Greta temió haber olvidado decirles que no se había sacado el doctorado.

A la mañana siguiente, mientras ayudaba a su madre a limpiar la cocina después del desayuno, se armó de valor, respiró hondo y dijo:

—*Mutti*, siento haberos fallado a ti y a papá.

Perpleja, su madre arrugó el rostro suave y redondo.

—¿Se puede saber a qué viene esta tontería?

—¡Irme tan lejos y tanto tiempo, cuando podría haberme quedado a ayudar a la familia... y todo para volver con las manos vacías!

—Cielo mío —dijo su madre, indicándole que se sentase a la mesa de la cocina y sentándose a su lado—. Todavía no has alcanzado tu meta. Eso no significa que no vayas a alcanzarla nunca.

—Pero no me he doctorado, y no tengo trabajo...

—Pues entonces, te sacarás el doctorado y encontrarás trabajo. —Su madre la miró con amorosa conmiseración—. Me di cuenta en tu última carta de que estabas agotada y desanimada. Tómate un tiempo antes de volver a los estudios.

—*Mutti* —Greta escogió sus palabras con cuidado—. No creo que mis problemas vayan a resolverse con unas vacaciones.

—En cualquier caso, te sentarán bien. Además, aunque quisieras no podrías retomar los estudios en mitad del curso.

La expresión de su madre rebosaba tanto orgullo y confianza que Greta no tuvo valor para confesar sus dudas.

—Tendré que buscar algo que hacer mientras tanto —se limitó a decir—. He pensado que podría buscar trabajo en Berlín. No me hace ninguna gracia dejaros nada más llegar, pero...

—Por nosotros no te preocupes. Pues claro que sí, tú vete, a no ser que te entusiasme la idea de quedarte aquí conmigo a ayudarme a coser a destajo...

Greta se figuraba que le irían mejor las cosas en Berlín. Después de unos días de descanso con su familia, cogió el tren de la mañana con rumbo a la capital, y esa misma noche ya había alquilado una habitación amueblada en una casa de huéspedes, más pequeña y más fea de lo que habría podido obtener por el mismo precio en Madison, pero limpia y más o menos tranquila. La alfombra raída y las cortinas desvaídas le daban un aire de dejadez que no le costó imaginarse que acabaría contagiándose a su inquilina. Se dijo que ojalá pronto pudiera permitirse un lugar mejor.

Apenas acababa de instalarse cuando el devastador desplome de la bolsa estadounidense sacudió a Europa. Gracias a su formación en economía, comprendió las inquietantes repercusiones que tendría en Alemania incluso antes de que los zozobrados bancos estadounidenses reclamasen la devolución de los préstamos concedidos a otros países. La frágil economía alemana, afectada ya por una inflación abrumadora y por el desempleo, no pudo soportar el golpe. Sin inversión extranjera, las fábricas cerraron, los proyectos de construcción se interrumpieron y miles de trabajadores perdieron sus empleos.

A medida que se iba revelando la magnitud del desastre financiero, Greta se afanaba por obtener una esquivada beca universitaria, por convencer a algún profesor para que la contratase, por encontrar trabajo de conferenciante, investigadora o incluso de modesta profesora ayudante. No

había vacantes de ningún tipo en ningún sitio. Los profesores universitarios se aferraban a sus titularidades, retrasando la jubilación por miedo a que las pensiones desaparecieran de la noche a la mañana. Los estudiantes seguían matriculándose con la esperanza de que cuantas más titulaciones académicas obtuviesen más ventajas tendrían sobre sus compañeros cuando por fin se vieran obligados a licenciarse y a engrosar las filas de los miserables millones de parados.

Greta aceptaba de buen grado el trabajo que podía encontrar: clases particulares, edición por cuenta propia, redacción de textos publicitarios. Le recordaba el trabajo a destajo de su madre, pero con pluma y tinta en lugar de hilo y aguja. Como apenas le quedaba dinero para gastar en ocio, redescubrió su amor de toda la vida por la literatura y el teatro, perdiéndose entre las páginas de una novela o de una obra de teatro y arañando de aquí y de allá los marcos necesarios para sacar entradas baratas para el *Staatstheater* o el *Deutsches Theater*. Las largas tardes de invierno se acurrucaba bajo las mantas en la única butaca de su cuarto y se ensimismaba en dramas y comedias, las obras maestras de la literatura alemana, francesa e inglesa.

Cuando el invierno dio paso a la primavera, acarició la idea de abrirse camino en el mundo del teatro. Podía traducir obras inglesas y francesas para los escenarios alemanes, o convertirse en autora teatral o asesora de repertorio.

—Deberías ir al *Internationaler Theaterkongresse* —le insistió su amiga Ursula, que era actriz—. Se celebra en Hamburgo en junio, nueve maravillosos días dedicados a todo lo relacionado con el teatro: actuaciones, seminarios, conferencias.

—Suenan estupendo. Estupendo, sí, y muy caro.

—Ya, pero van compañías de teatro y profesionales de todo el mundo. ¿Qué mejor oportunidad para hacer contactos que lo mismo desembocan en un trabajo?

Eso Greta no se lo podía discutir, de manera que rápidamente reunió el dinero necesario saltándose comidas y privándose del sueño para terminar dos largos proyectos de edición antes de lo previsto. Consiguió tres estudiantes nuevos de inglés y pidió el pago de un mes por adelantado. Justo a tiempo, ahorró lo suficiente para cubrir el pago de la matrícula, el billete de tren y el alojamiento, pero mientras hacía la maleta le rondaba un comecome: ¿y si acababa despilfarrando todo su dinero en nueve días de juerga de los que saldría significativamente más pobre pero no más cerca de encontrar trabajo?

El primer día completo que pasó en Hamburgo se juntó con un alegre grupo de escritores y actores franceses que se alojaban en su mismo hotel. Hablaba francés con la suficiente fluidez como para merecer su aprobación, y ellos tenían una conversación lo bastante inteligente como para merecer la suya. Cuando la invitaron a que se considerase una más del grupo, aceptó con mucho gusto.

El tercer día, Greta y sus nuevos amigos asistieron a una charla especial de Leopold Jessner, un afamado productor y director del teatro expresionista alemán, presidente honorario del *Theaterkongresse*, jefe del *Preussisches Staatstheater* en la plaza Gendarmenmarkt y una eminencia de la escena berlinesa. En la sala de conferencias, una delegación de artistas del *Staatstheater* acompañó a Jessner al escenario. Cuando Jessner presentó al doctor Adam Kuckhoff, su principal dramaturgo, un hombre robusto de cuarenta y pocos años, labios carnosos y mirada taciturna subió de un tranco al podio.

Greta, resignada a escuchar una árida conferencia sobre la logística de la administración teatral, se arrellanó en su butaca, pero Kuckhoff pronunció un apasionado discurso sobre la naturaleza del teatro y del cine en la era moderna. Fascinada, Greta absorbió con asombro todas y cada una de sus palabras sin apartar por un instante la mirada de su rostro. De pronto cayó en la cuenta de que era el autor de

un elocuente ensayo que había leído ese mismo invierno, *Arbeiter und Film*, una denuncia de «las mentiras sentimentales de las típicas películas de la alta sociedad» y del «espíritu trasnochado y los vítores patrióticos del cine nacionalista». Escuchó embelesada mientras Kuckhoff transformaba estos conceptos en una audaz y asombrosa visión de futuro del teatro alemán.

Su ferviente atención no le pasó inadvertida al orador. A veces, cuando sus ojos recorrían al público, se detenían en los de Greta, curiosos y escrutadores.

Al acabar, Greta y sus compañeros estaban decidiendo a qué sesión iban a ir después cuando se le acercó Kuckhoff.

—Me ha parecido que estaba usted muy absorta en mis comentarios —dijo en francés—. ¿Significa eso que está de acuerdo o en desacuerdo?

Greta se le quedó mirando unos instantes, desconcertada..., pero, claro, a la vista de sus acompañantes, cómo no iba a suponer que era francesa. Decidió seguirle el juego.

—Estoy de acuerdo, si es que sirve de algo; soy una novata en esto del teatro —dijo en francés, tendiéndole la mano—. Greta Lorke, una simple aspirante a autora teatral, o a asesora de repertorio, o a cualquier cosa que se tercié.

La miró a los ojos mientras se daban un apretón de manos.

—Dudo que la palabra «simple» la pueda definir a usted, *mademoiselle*.

Cuando la invitó a debatir su conferencia con más detalle en una excursión en barco por la bahía de Hamburgo, Greta solo vaciló un instante antes de aceptar.

Entre los lugares de interés y la absorbente conversación, las horas pasaron tan deprisa y de manera tan gozosa que el *Theaterkongresse* cayó en el olvido. La excursión concluyó con una romántica cena en uno de los hoteles más distinguidos de la ciudad, en una mesa con vistas al Elba. Después de la comida más deliciosa que